

Euzkadi, ¿a dónde va?

Alderdi, 210. zk., 1964-10/11.

El día 22 de marzo del año pasado tuvo lugar en el Centro Vasco de Caracas una discusión pública, o foro, o mesa redonda, como se le quiera llamar, que giró en torno a la trascendental pregunta: "Euzkadi: ¿a dónde va?".

Primero, deseo señalar que a mi juicio éste fue el homenaje más cabal que el Centro Vasco ha podido dedicar al Lendakari Aguirre y a Jesús de Galíndez, patriotas que defendieron hasta la muerte, entre otros, dos derechos fundamentales: el de los pueblos a la libertad y el que asiste al hombre de disentir respetuosamente de otro, precisamente los que, por el valiente enfoque del tema y el tono en que se desarrolló, dieron mayor significación a la discusión pública.

Creo firmemente que a la larga nos está haciendo mucho más daño la discreción estéril que las acideces que puede producir la exposición pública de los puntos de vista más opuestos, aún la de aquellos que contienen cierta carga emocional y asustan un poco. Es natural que nos desazone (y este es el precio) escuchar y digerir opiniones que no compartimos.

Otra circunstancia digna de notar: la mayoría de los asistentes fueron jóvenes, lo que es excepcional en el Centro Vasco; esto indica que cuando los planteamientos se salen de la rutina de celebrar efemérides con las palabras de siempre y se proyectan hacia algunos campos de su responsabilidad, sí se despierta el interés patriótico de la juventud. Y este principio de comunicación de ideas que funcionó en el Centro Vasco es válido para todo el pueblo vasco.

Dicho esto, quisiera opinar aquí acerca de dos de los puntos debatidos en el foro que me parecen más importantes: Política - Cultura y violencia.

Política - Cultura

Una de las preguntas hechas a la mesa pedía definir cuál sería, a juicio de cada uno de nosotros, los integrantes de la mesa, el objetivo *inmediato y más importante* del movimiento nacional vasco; y puesto ante la disyuntiva de señalar el objetivo a corto plazo que a mí me parece primordial, planteé la necesidad de diferenciar la *actividad cultural* de otra que llamaremos *actividad política*.

No voy a elaborar aquí acerca de qué es cultura y qué es política, porque no tengo espacio ni interesa aquí este largo planteamiento de deslindes. Lo que sí quisiera es que el lector entendiese mi intención de distinguir lo que es sustantivo y permanente en la vida de un pueblo, aún en aquel en que no existe un partido político (como son la lengua y el derecho a su cultivo: escuelas, universidades, prensa, teatro; y su sentido

nacional, social y religioso) de aquello que es circunstancia política: actividad partidista y anti-franquismo, por ejemplo.

Para que esta intención quede más clara, voy a distinguir los dos aspectos con un ejemplo: el demócrata español no tiene más que un frente de lucha, el dirigido a hacer que España regrese a un régimen de libertad, que es el que convenimos que es el *político*; pero en cambio el vasco (y el catalán) tiene una doble preocupación, un doble frente de lucha, porque además de estar vitalmente interesado en el restablecimiento de la libertad política, le preocupa gravemente que estos años de erosión y de asesinato cultural estén acabando con su lengua, con sus instituciones y el sentido nacional de su pueblo, y le angustia ver que se están perdiendo las características vitales, las que nos permiten respirar y movernos como pueblo, que son las que hacen que nuestras exigencias políticas tengan vigencia. Este último frente es el que yo convengo en llamar el de la *cultural*.

El vasco tiene que luchar, pues, en dos frentes al mismo tiempo; en el que aquí, para entendernos, vamos a aceptar que es el político, y en otro que vamos a convenir que es el cultural.

Por eso que cuando a mí me puso el moderador en la alternativa de elegir *un objeto* primordial e inmediato, yo me decidí claramente por el *cultural*. Porqué? Porque considero que es el que reúne las dos condiciones exigidas: la de ser *fundamental* y la de ser *impostergable* para la vida de nuestro pueblo.

Si seguimos teniendo conciencia de pueblo con exigencias de cultura propia, estamos mucho mejor dispuestos para obtener la solución política. Si, en cambio, la perdemos hasta un punto que sea de difícil recuperación, de poco nos valdrá disponer de una coyuntura política favorable, porque no tendremos con qué hacer funcionar a nuestro pueblo como tal.

Dicho esto, quiero contestar a algunos planteamientos que me fueron hechos en torno a este punto:

Se mencionó un argumento contrario al mío, que decía que la solución política era más importante que la cultural, porque es precisamente teniendo libertades civiles y gobierno propio como estaríamos en situación de corregir el desequilibrio cultural que nos afecta tan gravemente:

Mi razonamiento es éste:

a) No hay duda alguna que si dispusiésemos de gobierno propio el problema cultural estaría medio (¡y solo medio!) resuelto. Estamos también de acuerdo en que hay que seguir luchando para la conquista de la libertad política. Aquí no puede haber discrepancias.

b) Pero ocurre que la solución política depende, además de nuestra capacidad de organización y de decisión, que podemos prever y medir nosotros y de la que podemos responsabilizarnos nosotros, de la organización y de la decisión de los demás pueblos peninsulares, que se escapa, ya lo sabemos bien, a nuestro control; en cambio, la actividad cultural, la destinada a detener la erosión y sembrar las nuevas plantas de inquietud patria depende exclusivamente de nosotros.

Digo que depende de nosotros, y, claro, del gobierno franquista.

Pero es en este campo, precisamente, en el que la situación está cambiando a nuestro favor, porque en el contexto de la Europa actual, y sobre todo en el de la Europa del futuro, para la que tenemos que prepararnos desde ahora, las actividades culturales: lengua, universidad, derechos civiles y sociales, folklore, se están haciendo más difíciles de reprimir, porque las represiones resultan cada vez más anacrónicas y cada vez más inconcebibles, y la opinión pública de Europa y de América son cada vez más difíciles de desafiar.

Aquí es donde puede estar nuestra fuerza, o nuestra debilidad.

Y tengamos esto bien presente: este aspecto nos interesa sólo a nosotros, los vascos de las dos vertientes y esto nos proporciona una base común importante; a los españoles y a los franceses, demócratas o no, les preocupa poco nuestra supervivencia como pueblo.

Esta es, pues, una labor *urgente, primordial y sólo nuestra*.

Aquí, en el uso de esta eficaz arma patriótica de dar contenido cultural y social a las inquietudes de nuestro pueblo, reside, a mi juicio, una de las posibilidades más importantes de combatir la apatía política de nuestro pueblo, y de darle un nuevo sentido de dirección nacional que comprenda a las dos vertientes; este contenido cultural constituye un importante denominador común que se rompe en cuanto comenzamos a hablar de Franco o de De Gaulle, el aspecto político.